

claramente la inmutabilidad del carácter empírico, que no es más que el despliegue del carácter inteligible extratemporal, así como la necesidad con que nuestras acciones se derivan del contacto de aquél con los motivos, debemos, ante todo, descartar una conclusión que se podría sacar fácilmente en defensa de las malas inclinaciones. Puesto que nuestro carácter es el desenvolvimiento en el tiempo de un acto voluntario, que existiendo fuera del tiempo, es indivisible é invariable, en otros términos, del carácter inteligible, por el cual se halla determinado, de una manera invariable, cuanto hay de esencial en nuestra existencia, es decir, su contenido moral, contenido que debe, por consiguiente, expresarse en su fenómeno, que es el carácter empírico, mientras que lo que no es esencial en este fenómeno, la forma exterior de nuestra existencia, depende del aspecto bajo el cual se presentan los motivos, podría deducirse que es trabajo perdido el que se emplee en enmendar el carácter ó en resistir al poder de las malas inclinaciones, y que lo mejor que podemos hacer es resignarnos con lo que no puede cambiar y ceder en seguida á toda inclinación, por mala que sea. Pero sucede con esta cuestión lo mismo que con la teoría de la fatalidad y la consecuencia que de ella se saca, llamada *αργος λογος*, y en nuestros días *fatalismo oriental*. Cicerón en su libro *De fato*, capítulo 12, expone la excelente reputación atribuída á Crisippo.

En efecto, aunque toda cosa esté fijada irrevocablemente de antemano por la suerte, no lo está, sin embargo, más que por virtud del encadenamiento de las causas. En ningún caso puede hallarse decretado que un efecto nazca sin una causa. El acontecimiento no está predeterminado pura y simplemente, sino como resultado de causas anteriores; la suerte no decide sólo el resultado, sino las circunstancias de que debe resultar.

Por consiguiente, si los medios no se producen, el resultado no se producirá tampoco: las dos eventualidades están sometidas á la decisión de la suerte; pero nosotros sólo lo advertimos después que el hecho se verifica.

Así como todo acontecimiento se efectúa por virtud de la suerte, es decir, del encadenamiento sin fin de las causas, nuestras acciones se cumplen siempre conforme á nuestro carácter inteligible; pero así como no conocemos de antemano el destino, no podemos conocer *à priori* el carácter, y sólo *à posteriori*, por medio de la experiencia, llegamos á conocernos á nosotros mismos y á conocer á los demás. Si nuestro carácter inteligible es tal que no podemos adoptar una buena resolución sino después de larga lucha con alguna tendencia pecaminosa, es necesario que semejante lucha preceda, y debemos esperar al desenlace. Las reflexiones sobre la invariabilidad del carácter, sobre la fuente única de donde emanan todos nuestros actos, no deben hacernos prejuzgar, en uno ú otro sentido, la decisión en que se manifestará el carácter; la resolución definitiva es lo que nos hará conocer nuestro natural, y así nos miraremos en el espejo de nuestras acciones.

Esto explica la satisfacción ó la angustia del alma, con que remontamos el curso de nuestra vida pasada: ambos sentimientos no nacen de que los actos pasados subsistan aún; pasaron, fueron y ya no son; pero lo que les da á nuestros ojos importancia tan grande, es su significación, es que son la efigie del carácter, el espejo de la voluntad, en el cual no podemos fijar la mirada sin ver en él nuestro *yo* más íntimo, sin reconocer la sustancia de nuestra voluntad. Como no conocemos nada de esto de antemano, como lo descubrimos *à posteriori*, nos corresponde trabajar y luchar durante nuestra existen-

cia temporal, á fin de que el cuadro que formen nuestros actos sea propio para tranquilizarnos y no para inquietarnos. Cuanto á la significación de esa paz ó de esa inquietud del alma, la estudiaremos más adelante, como he dicho. En cambio es este el lugar oportuno para exponer la consideración siguiente, que puedo presentar aislada.

Junto al carácter inteligible y al carácter empírico hay un tercero, diferente de ambos, de que debemos hablar aquí: el *carácter adquirido*, que se obtiene en el curso de la vida por el comercio con el mundo; de éste se quiere hablar cuando se alaba á un hombre por tener carácter ó se le censura por carecer de él. Pudiera creerse, en verdad, que puesto que el carácter empírico, fenómeno del carácter inteligible, es invariable y consecuente con el último, como todo fenómeno natural, el hombre debería parecer siempre el mismo y permanecer consecuente, y que no tiene necesidad de crearse artificialmente un carácter, á fuerza de experiencia y de meditación. Mas no sucede así, y aunque siempre permanece idéntico, no se comprende siempre á sí mismo, y muchas veces se desconoce hasta que ha adquirido cierto grado de verdadero conocimiento de sí. El carácter empírico, mero instinto natural, está desprovisto de razón, y hasta sus manifestaciones son por la razón estorbadas, tanto más cuanta mayor reflexión y mayor fuerza intelectual posee el hombre, pues estas facultades le presentan sin cesar lo que pertenece al *hombre en general*, como carácter de la especie, y lo que le es posible como querer y como obrar. Esto le hace aún más difícil el llegar á conocer lo que quiere y puede, de todo aquello, en virtud de su individualidad. Encuentra en sí aptitudes para todas las aspiraciones y para todas las fuerzas, tan diferentes, que son propias de la humanidad, pero sin ayuda de

la experiencia no puede conocer claramente el grado de energía que en él tienen, y aunque no se entregue más que á los impulsos conformes con su carácter, siente, sobre todo en ciertos momentos y en ciertos estados de ánimo, una inclinación que le lleva hacia impulsos opuestos, inconciliables con los otros, y que necesita ahogar enteramente si quiere abandonarse sin obstáculos á los primeros. Pues así como nuestro camino material sobre la tierra no es una superficie, sino una línea, así también en la vida, cuando queremos apoderarnos de una cosa y conservarla, tenemos que resignarnos á abandonar multitud de otras á derecha é izquierda. No poder resolverse, tender la mano hacia todo lo que nos tienta en nuestro camino, como los niños en la feria, es una conducta absurda. Correríamos así en zig zag, errando de aquí para allá, como un fuego fatuo, y esto no nos conduciría finalmente á cosa alguna.

Ensayemos otra comparación: según la teoría del derecho, de Hobbes, cada hombre tiene un derecho original sobre todas las cosas, pero este derecho no es exclusivo. Para que llegue á serlo sobre ciertos bienes, tiene que renunciar el que quiere poseerlos á sus pretensiones sobre los demás, para que en cambio los otros hombres hagan igual renuncia respecto de las cosas que él ha elegido. Lo mismo sucede en la vida, donde no podemos esforzarnos en realizar seriamente, y con probabilidades de buen éxito, una aspiración cualquiera: el placer, la gloria, la riqueza, la ciencia, el arte ó la virtud, sino á condición de renunciar á toda otra pretensión y de desistir de todo lo que sea ajeno al fin de nuestros esfuerzos. He aquí porqué el mero querer y el poder no bastan por sí mismos; el hombre necesita, además, *saber* lo que quiere y *saber* de qué es capaz; sólo así puede dar pruebas de carácter y sólo así hará bien lo que haga.

Antes de llegar á este punto, á pesar de la consecuencia natural del carácter empírico, carecerá de carácter, y aunque, en suma, tenga que permanecer fiel á sí mismo y que seguir su ruta, será arrastrado por su demonio, y de esta suerte no caminará en dirección completamente recta, sino trazando una línea trémula y desigual. Vacilará, se desviará, volverá sobre sus pasos, se preparará arrepentimientos y tristezas, y todo porque percibe en las cosas grandes y en las pequeñas, lo que está al alcance del hombre en general, sin saber, en medio de esta confusión, qué es lo conforme con su naturaleza, lo que puede emprender, ni siquiera lo que puede proporcionarle gozo. Envidiará á las gentes una posición ó condiciones que convienen al carácter del que las posee, pero no al suyo, y con las cuales sería desgraciado y no podría tal vez soportar la vida. Así como el pez no puede vivir más que en el agua, el pájaro en el aire y el topo debajo de tierra, cada hombre no vive á su gusto más que en la atmósfera que le es propia; el aire de las cortes, por ejemplo, no es respirable para todo el mundo. Por no comprender esto suficientemente, más de un hombre hace ensayos desgraciados; violentará en los pormenores su carácter, pero en lo principal tendrá que ceder á él, y lo que adquiriera de un modo tan penoso y tan contrario á su naturaleza, no le dará placer; lo que aprenda en estas condiciones permanecerá muerto; aún en el terreno moral, una acción demasiado noble para su carácter, que no emane de un impulso espontáneo, sino de algún concepto ó de algún dogma, perderá todo su mérito, hasta á sus propios ojos, por el arrepentimiento egoísta de que será seguida. *Velle non discitur.*

Respecto de los demás, mientras la experiencia no llegue á convencernos de la inflexibilidad del carácter, nos imaginaremos cándidamente, que con sanos consejos

con oraciones y con súplicas, con nuestro ejemplo y nuestra generosidad, podemos impulsarlos á corregirse, á mudar de conducta y de maneras, á modificar sus sentimientos y hasta á desenvolver sus facultades.

Nuestra situación para con nosotros mismos, es muy parecida. La experiencia es quien debe enseñarnos lo que queremos y lo que podemos; hasta entonces lo ignoramos, no tenemos carácter, como he dicho y con frecuencia, los rudos golpes del mundo exterior, son lo que nos hace volver á nuestro camino. Cuando llegamos, por fin, á saber todo esto, poseemos lo que el mundo llama carácter, el *carácter adquirido*, que no es otra cosa que el conocimiento más perfecto posible de nuestra propia individualidad; la conciencia abstracta, y por lo mismo, clara de las cualidades inmutables de nuestro carácter empírico, así como del grado y de la dirección de nuestra fuerza intelectual y física; en resumen, del conjunto de nuestras fuerzas y de nuestras debilidades. Ese papel personal, inmutable en sí, que representábamos antes de una manera desarreglada, podemos desempeñarlo ahora con reflexión y método, y guiándonos por una norma fija, podemos llenar las lagunas producidas por capricho ó debilidad. Nuestra conducta, trazada ya por nuestra naturaleza individual, se apoya ahora sobre principios siempre claros y siempre presentes en nuestra conciencia, á los cuales nos acomodamos con tanta seguridad, como si recitáramos una lección aprendida de memoria, sin dejarnos extraviar por la influencia pasajera del humor, ni por la impresión del momento, sin que nos detenga la amargura ni la dulzura de algún detalle aislado que hallemos en nuestra ruta, sin vacilaciones, sin incertidumbres, sin inconsecuencias. No somos ya novicios que deben esperar, ensayar y tantear antes de saber lo que quieren y lo que pueden; lo sabemos de una

vez para siempre; no tenemos más que aplicar los preceptos generales á un caso particular y llegamos en seguida á la decisión. Conocemos nuestra voluntad en general y no nos dejamos arrastrar por una disposición de humor ó por una circunstancia eterna, á querer en detalle lo contrario de lo que queremos en conjunto. Sabemos asimismo la medida y la naturaleza de nuestras fuerzas, con lo cual nos ahorramos muchos males, pues á decir verdad, no hay placer más que en el uso y en el sentimiento de la propia fuerza, ni hay peor dolor que el de descubrir nuestra debilidad cuando necesitamos ser fuertes. Por tanto, después de haber reconocido cuál es nuestro lado fuerte y cuál nuestro lado débil, desenvolveremos nuestras disposiciones naturales más salientes, las aplicaremos, las utilizaremos de todas maneras y marcharemos siempre en la dirección en que son útiles y necesarias. Evitaremos, en absoluto, aunque nos cueste una lucha con nosotros mismos, todo cuanto se halle fuera de nuestras facultades nativas y nos guardaremos de emprender cosas en que estamos seguros de fracasar por más que hagamos. Sólo el que llegue á este punto será siempre, en todo, y con plena conciencia, el hombre que es: su yo nunca le hará traición, porque sabrá siempre lo que puede esperar de él. Un hombre así experimentará con frecuencia la satisfacción de sentir sus fuerzas, y rara vez tendrá el dolor de que le llame á la realidad el sentimiento de sus debilidades, lo cual es una humillación que causa las mayores tristezas al espíritu. Esta humillación es lo que hace que soportemos más fácilmente la certidumbre de un infortunio, que la de una torpeza. Si poseemos la firme conciencia de nuestras fuerzas y de nuestras debilidades, no trataremos jamás de aparentar fuerzas de que carecemos; no intentaremos pasar moneda falsa, pues todo engaño de este género acaba por ser descubierto. ✓

Como el hombre entero no es más que el fenómeno de su voluntad, nada tan absurdo como que quiera ser deliberadamente cosa distinta de lo que es, lo cual equivale á poner á la voluntad en contradicción consigo misma. Imitar las cualidades ó las particularidades de otro es mucho más ignominioso que vestirse con ajenas ropas; es declarar nosotros mismos que carecemos de valor propio. Conocer las propias tendencias y las propias facultades de cualquier género que sean, así como los límites que no pueden franquear, es el camino más seguro para llegar á la mayor satisfacción posible de sí mismo. Pues de lo que pasa en nosotros puede decirse lo propio que de los acontecimientos exteriores: que no hay consuelo más eficaz que la plena certeza de una necesidad inflexible. No nos atormenta tanto la desgracia que nos hiere, como el pensamiento de las circunstancias que hubieran podido evitarla, y nada contribuye tanto á calmarnos como considerar todos los acontecimientos desde el punto de vista de la necesidad, ó sea como instrumentos de un Destino soberano, y mirar á la desgracia presente como consecuencia inevitable de un conjunto de circunstancias interiores y exteriores: refugiarnos, en suma en el fatalismo. A decir verdad, no lloramos ni gritamos más que mientras nos dura la esperanza de influir por ese medio sobre los demás, ó de excitarnos á nosotros mismos á hacer esfuerzos supremos. Pero, niños ú hombres hechos, sabemos perfectamente resignarnos cuando comprendemos con claridad que lo ocurrido no puede variar en nada.

Animo in pectoribus nostro domito necessitate.

Nos parecemos á los elefantes cautivos, que forcejean con rabia durante algunos días; pero, cuando conocen la inutilidad de su furor, aceptan tranquilamente el yugo

y quedan domados para siempre. Hacemos como el rey David, que mientras su hijo enfermo respiraba, no cesó de implorar á Jehovah y de desesperarse, pero dejó de hacerlo en cuanto aquél murió. Por esta razón soportan con indiferencia tantas personas multitud de males, como deformidades, miseria, baja condición, fealdad, una vivienda repugnante, y no les aflige nada de esto, como no duelen las heridas cicatrizadas, porque saben que una necesidad interna ó externa no permite que varíen estas circunstancias, mientras personas más afortunadas no comprenden cómo puede soportarse aquello. Nada nos reconcilia mejor con la necesidad interior, así como con la exterior, que el reconocerla claramente. Cuando hemos llegado á conocer á fondo, de una vez para siempre, nuestras buenas y nuestras malas cualidades, nuestras fuerzas y nuestras debilidades, cuando hemos ordenado nuestra vida en consecuencia y hemos renunciado á lo que para nosotros es inaccesible, nos libramos seguramente en cuanto lo permite nuestra propia individualidad, del más amargo de los dolores, del disgusto de nosotros mismos, que es el resultado inevitable de la ignorancia ó de la falsa opinión que tenemos de nosotros y de la presunción que de esto se deriva. Los siguientes versos de Ovidio, se aplican á maravilla á este amargo capítulo del conocimiento de sí mismo, que recomendamos aquí:

«*Optimus ille animi vindex lædentia pectus
Vincula qui rupit, dedo luitque semel.*»

Esto es lo que conviene saber acerca del *carácter adquirido*, que tiene más importancia para la vida social, que en el terreno moral propiamente dicho, pero cuyo estudio debe hacerse junto al del carácter inteligible y al del carácter empírico, puesto que forma una tercera especie.

Necesitamos estudiar las dos primeras con algún detenimiento para llegar á comprender de un modo claro cómo la voluntad se encuentra sometida á la necesidad en todos sus fenómenos, cuando ella es en sí misma libre y omnipotente. ←

§ 56.

Esta libertad, esta omnipotencia, de la cual el mundo visible es fenómeno, manifestación é imagen, que se desenvuelve progresivamente según las leyes que lleva consigo el modo de conocimiento, puede manifestarse por segunda vez en su fenómeno más acabado, en aquel en que ha surgido la conciencia, perfectamente adecuada, de su esencia. Esta manifestación nueva puede cumplirse de dos maneras; ó bien, llegada á la cumbre del conocimiento y de la conciencia de sí, la voluntad puede querer la misma cosa que quería ciega é inconsciente, y en este caso el conocimiento general ó particular sigue siendo para ella un *motivo*, ó bien, por el contrario, este conocimiento se trueca en un calmante, en un *aquietador*, que acalla y mata todo querer. Tales son la afirmación y la negación de la voluntad de vivir, de que hemos hablado antes de una manera general; desde el punto de vista de la existencia del individuo, ésta no es una manifestación particular, sino general de la voluntad; no detiene ni modifica el desenvolvimiento del carácter ni se manifiesta en actos aislados; traduce de una manera muy viva en la acentuación cada vez más marcada, ó por el contrario, en la modificación de toda la conducta seguida hasta entonces, la máxima libremente adoptada por la voluntad, que ha llegado á ser consciente.

Las consideraciones que incidentalmente hemos hecho sobre la libertad, sobre la necesidad y sobre el ca-

rácter, facilitan y preparan algo la exposición comprensible de esta materia que forma el objeto principal del presente libro. Pero esta exposición resultará más clara si dilatándola una vez más reanudamos nuestro estudio sobre la vida misma, puesto que la gran cuestión que se discute es la de querer vivir ó no querer vivir. Haremos este estudio de manera que nos permita descubrir en general lo que gana al afirmarse la voluntad, esencia íntima de la vida universal, y de qué manera y en qué medida la satisface esta afirmación, si es que puede satisfacerla; en resumen, examinaremos cuál puede ser su condición general y esencial en este mundo, que bajo todos aspectos le pertenece.

Ante todo, ruego al lector que recuerde la reflexión expuesta al final del libro II, cuando nos preguntábamos cuál era el fin de la voluntad: á guisa de respuesta, hice ver que la voluntad en todos los grados de su fenómeno, desde los más bajos á los más elevados, carece de mira final; que *aspira* siempre, porque su esencia es únicamente una aspiración perpetua á la cual no puede poner término fin alguno que consiga; que por lo tanto, no puede ser finalmente saciada, y que sólo los obstáculos pueden suspenderla, mas en sí se prolonga hasta el infinito. Lo comprobamos en el más sencillo de los fenómenos naturales: la gravedad, que no cesa de ejercerse y de tender á un punto central sin extensión, ni cesaría de hacerlo aunque todo el universo se condensara en una masa única, y aunque la misma gravedad y con ella la materia, se aniquilarían si consiguiera alcanzar aquel punto. Igualmente lo vemos en los demás fenómenos simples de la Naturaleza; lo sólido tiende, ya por fusión, ya por disolución, al estado líquido, en que sus propiedades químicas quedan en libertad de obrar: la rigidez es un estado de cautividad sostenido por el frío. La ma-

teria en estado líquido aspira á la forma de vapor que adopta en cuanto puede sustraerse á la presión. No hay cuerpo sin afinidades, es decir, sin aspiraciones, ó como diría Jacobo Böehm, sin pasiones y sin apeticiones. La electricidad propaga hasta el infinito su antagonismo consigo misma, aunque la masa terrestre absorbe sin cesar el efecto de esta oposición. El galvanismo, mientras funciona la pila es igualmente un acto sin fin, é incesantemente renovado, de discordia y reconciliación consigo mismo. La vida de la planta es también una aspiración incesante á brotar, á través de formas gradualmente progresivas, hasta el momento en que el punto final, la semilla, vuelve á ser punto inicial. Todo esto se repite indefinidamente; no hay fin en parte alguna, ni jamás satisfacción final, ni punto de reposo. Al mismo tiempo conviene recordar lo que dije en el segundo libro, á saber: que en todas partes las diferentes fuerzas naturales y las formas orgánicas se disputan la materia en la cual quieren manifestarse, pues lo que cada una de ellas posee se lo ha arrancado á otra, manteniéndose así un perpetuo combate á vida ó muerte. Precisamente de esta lucha dimana la resistencia que hace que sea estorbada en todas partes aquella aspiración, aquella esencia íntima de toda cosa, que *aspira* infructuosamente sin poder modificar su naturaleza, y que subsiste en medio de mil tormentos, hasta que el fenómeno perece y otros vienen á ocupar ávidamente su puesto y su materia.

Hace mucho tiempo que hemos aprendido que esta aspiración, esta esencia *en sí* de todas las cosas es idéntica á lo que se llama voluntad en nosotros, donde se manifiesta más claramente y á la luz de la conciencia más perfecta. Cuando un obstáculo viene á elevarse entre ella y su fin actual, denominamos á este impedimen-